



PSICOLOGÍA SOCIAL E IDENTIDAD COLECTIVA: DEMONIZACIÓN O SALVAGUARDA CRÍTICA

Social psychology and collective identity: demonization or critical safeguard

Eduardo Apodaka*; Mikel Villareal**

* Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea; ** Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

eduardo.apodakal@ehu.eus; mikel.villareal@ehu.eus

Palabras clave

Identidad colectiva
Psicología social
Perspectiva
sociocultural
Psicología crítica

Keywords

Collective identity
Social psychology
Sociocultural
perspective
Critical psychology

Resumen

Presentación el monográfico que reivindica las posibilidades de las aproximaciones psicosociológicas cuando aceptan la pluralidad epistemológica, metodológica, etc., de las psicologías sociales. La visión hegemónica que sobre lo colectivo encontramos en la Psicología Social instituida está sobre-determinada por la visión hegemónica que de lo colectivo tiene y va extendiendo la Psicología y con ella el proceso cultural y social de psicologización de las formas de vidas actuales. Por ello iniciamos la andadura de este número interrogándonos sobre el sentido de la Psicología y sobre la labor que la Psicología Social puede (o debe, según se mire) desarrollar en el campo de las identidades colectivas.

Abstract

Presentation of the special issue that vindicates the possibilities of psycho-sociological approaches when they accept the epistemological, methodological, etc., plurality of social psychologies. The hegemonic vision of the instituted Social Psychology about 'collective' is over-determined by the hegemonic vision that Psychology has and spreads on the 'collective' and, with it, the cultural and social process of psychologization of contemporary lives. That is why this special issue starts with the interrogation on the meaning of Psychology and on the work that Social Psychology can (or ought to, depending on the point of view) develop on the field of collective identities.

Apodaka, E. y Villareal, M., 2015, "Psicología social e identidad colectiva: demonización o salvaguarda crítica", en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/2, presentación, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.14951>

Recibido: 9/2015; Aceptado: 9/2015

Presentamos en este número de *Papeles del CEIC* un monográfico sobre los múltiples, posibles y deseables, abordajes psicosociológicos en el campo de las identidades colectivas. Históricamente la Psicología Social ha sido instituida como una sub-disciplina de la Psicología por medio de



la expulsión de su campo de un buen número de posibilidades alternativas, fundamentalmente todas aquellas que difuminaban la frontera entre la Psicología y las ciencias sociales o, más en general, entre lo psicológico y lo sociológico. Hemos pretendido que este monográfico fuera una oportunidad para reflexionar sobre lo psicosocial de las identidades colectivas y para cuestionar las tendencias hegemónicas en la investigación e intervención en identidades colectivas que se llevan a cabo bajo el rótulo "Psicología Social".

Como todo monográfico el núcleo del mismo es una serie de artículos de investigación, en los que encontraremos buenos ejemplos de abordajes múltiples y que nos darán, en consecuencia, buena cuenta de las posibilidades y riquezas de una psicología social extensa y abierta. Pero, junto a esos artículos, hemos querido dar un encuadre y una orientación precisa al monográfico. En cierto modo, hemos querido hacer una reivindicación de las posibilidades de las aproximaciones psicosociológicas cuando estas aceptan la pluralidad epistemológica, metodológica, etc., de las psicologías sociales. Más en concreto, tres textos sitúan el monográfico en esa perspectiva: los escritos por los catedráticos Anastasio Ovejero y Eduardo Crespo, y este mismo texto introductorio.

La visión hegemónica que sobre lo colectivo encontramos en la Psicología Social instituida está sobre-determinada por la visión hegemónica que de lo colectivo tiene y va extendiendo la Psicología y con ella el proceso cultural y social de psicologización de las formas de vidas actuales. Por ello iniciamos la andadura de este número interrogándonos sobre el sentido de la Psicología y sobre la labor que la Psicología Social puede (o debe, según se mire) desarrollar en el campo de las identidades colectivas.

1. EL SENTIDO DE LA PSICOLOGÍA: LA LÓGICA DE LA ACTIVIDAD CORPORAL, SOCIAL Y SIMBÓLICA

En los manuales al uso se suele presentar a la psicología como la ciencia de la conducta y la mente del individuo. Algo así como la ciencia del comportamiento individual, que intenta entender y explicar ese comportamiento sin salir del propio individuo por medio de procesos y fenómenos que califica como psíquicos, conductuales o mentales. Sin embargo, las facultades y procesos psíquicos que encontramos en esos



manuales (percepción, memoria, atención, pensamiento, conciencia, etc.) son actividades de relación y comunicación. Nos hablan de un centro activo de operaciones, un organismo vivo que se relaciona con su medio y que se organiza y se desarrolla en esas relaciones. Tanto es así que la psicología más bien parece una disciplina que trata sobre relaciones, más concretamente, sobre las relaciones que los seres humanos (y algunos animales) mantienen con su entorno o entre ellos, de cómo llegan a constituir esas relaciones y de cómo se constituyen y estructuran en ellas. La aplicación corriente de la psicología se ocupa precisamente de relaciones: del ajuste del individuo a su entorno y de los problemas u oportunidades que el entorno relacional le acarrea. No obstante, para que esas relaciones sean objeto de la psicología deben ser algo más que relaciones químicas o físicas, deben poseer alguna característica, alguna variación, alguna singularidad, que nos haga suponer que en esa conducta, siempre relacional, actúa o rige un orden distinto, un orden psicológico ¿De qué recursos disponen los seres psíquicos para establecer relaciones? ¿Cómo se abren a su medio y cómo son influenciados por todo lo que les rodea?

La psicología solo tiene sentido si parte de un tipo de respuesta que no dé por suficiente el tipo de relación causal, más o menos mecanicista, de la química, la física, la fisiología, o la biología. Para eso ya están esas ciencias y ya saben aplicarse a la conducta humana, sin necesidad de una disciplina auxiliar. La psicología se asienta en la hipótesis de un orden diferente, un orden que se abre paso, poco a poco, desde las formas animales más sencillas a las formas más complejas y que se interpone entre los estímulos y las respuestas, entre la situación y la conducta, haciendo que el resultado sea más variado, más abierto, más desconectado respecto a los patrones de actuación generales, específicos y genéticos. En el caso de los seres humanos ese orden interpuesto que organiza la vida inmediata, la vida a escalas humanas, es un orden simbólico, o mejor, son numerosos órdenes, todos simbólicos. La comprensión del comportamiento de los "organismos humanos" exige un *logos* sobre la actividad social, relacional y simbólica que *anima*, activa y dispone, a los cuerpos individuales, es decir, una *psico-logía*.

Las formas de vida humana se basan en la ilusión compartida, en el engaño común, en la coordinación y comunicación de las respuestas por medio de códigos que no se han heredado genéticamente y que no surgen en el desarrollo fisiológico, sino que deben ser inventados y



actualizados en situaciones concretas de interacción. Se basan en sistemas de comunicación, es decir, de relación común, de interrelación, que ponen a quienes se relacionan en un mismo mundo. Puesto que de eso se trata: de establecer, organizar y materializar un mundo de vida común y particular, de coordinar las acciones para poder actuar como un ser único, colectivo, que produce una agencia distinta a la de sus partes. Y no es un objetivo, es el punto de partida que debe renovarse en todas las interacciones.

Como hemos indicado, los sistemas simbólicos no se transmiten genéticamente, deben ser aprendidos *in situ* y en interacciones con quienes ya viven en ellos, con quienes se han modelado en ellos. Intervienen en las relaciones precisamente porque son la forma de organización, la estructura, de las mismas, rigen la conducta porque son su matriz. Y son siempre sociales. No están, ni pueden estar en un solo organismo individual porque son relación. No hay vida humana que difiera de esa condición: siempre es social, relacional, simbólica, cultural... Y por ello mismo podemos decir que es psíquica, que es propia de un orden de actividad creado, organizado, sentido, vivido, en sociedad y colectivamente por sus propios actores. Si es así, la psique es un conjunto de actividades de cuerpos en relación social, actividades en las que van creándose mediante sistemas de signos, de "categorías hermenéuticas" (Sennet, 1980: 28), subjetividades, es decir, encarnaciones singulares de los juegos sociales. El pesado hecho de usar un sustantivo (alma, espíritu, mente o psique) no debería equivocarnos, la psique no es un algo, es pura actividad de cuerpos, que si pueden ser calificados de psíquicos (ellos y sus actuaciones, sus capacidades y funciones) es porque se activan mutuamente, se coparticipan, se coaccionan y se coorganizan mediante la actualización social de significados, intenciones y sentidos compartidos (Bruner, 1990; Bratman, 1992). No deberíamos confundir la actividad con sus soportes sociales, materiales o corporales. Ni la actividad psíquica con el yo y su conciencia, porque no es la actividad de un yo, sino la actividad donde surgen el yo, el tú, y la (auto)conciencia de ambos por medio de reconocimientos y atribuciones mutuas.



2. CONTAR LA ACTIVIDAD PSÍQUICA COMO ACTIVACIÓN Y DISPOSICIÓN PSICOSOCIAL

La actividad psíquica es siempre psicosocial. Psicosocial es un término compuesto por dos partes. No queremos referirnos a dos naturalezas, ni a dos realidades, ni a una escisión ontológica en el seno del ser humano, solo es una mala expresión para dar cuenta de las dimensiones de la vida humana. A falta de otra la usaremos haciendo hincapié en que esas partes son indisociables y mutuamente irreductibles. Por un lado tenemos que la psique es una actividad social (entendiendo social como aquello que solo existe por el concurso de socios o partes, y que no puede ser realizado ni actualizado, ni funcional ni ontológicamente, por una sola de ellas), pero no es reducible a lo social, a pura relación o actividad de colusión, ya que la actividad psíquica es desarrollada por cuerpos con características particulares en sistemas de relaciones sociales concretos, que a su vez funcionan en determinados entornos ecosistémicos, lo cual produce en cada caso una singular estructuración de lo psíquico: una encarnación singular. Y por otro lado tenemos que la institución social de la vida humana es relación e interacción de cuerpos mediante sistemas de comunicación simbólicos y todo tipo de materias significadas, que los procesos y efectos sociales son dispositivos y disposiciones de cuerpos psíquicos en acto. Lo social, por lo menos lo humano, es siempre psíquico: actividad y relación simbólica de cuerpos interdependientes. Más exactamente, lo social es la forma (o formas de institución) de esa actividad. La institución social no agota la actividad psíquica, que siempre puede diferir de lo instituido y, como actividad social y simbólica que es, ser instituyente.

La psique no está exactamente ni dentro, ni afuera, está en el “entre” de los cuerpos, entre ellos y en ellos. No es objetiva, ni subjetiva, es el modo en que nos construimos intersubjetivamente y colectivamente. Los efectos de la actividad psíquica no son un algo interno e individual, incluso como disposiciones encarnadas singularmente siguen siendo sociales: las interacciones sociales se encarnan en cuerpos, en personas, y estas la singularizan en sus vidas, son trayectorias singulares en un flujo de con-formación social y colectiva.

Si hablamos de la psique de una persona concreta, hablamos de las actividades de relación simbólica realizadas por ese individuo (cuerpo), su disposición y actuación con los otros, en las que como enseñó Mead, se implica necesariamente en actividades simbólicas y corporales sobre



sí mismo, esto es, en actividades en las que se constituye, se habitúa y se dispone en tanto que "jugador social" ¿Tiene sentido hacerlo sin su contexto? ¿Tiene sentido hablar de una actividad social sin tener en cuenta cuál es el juego, cuáles los jugadores, etc.? ¿Se imagina alguien el sentido que pueda tener relatar las capacidades o habilidades, el estilo o el carácter, la intuición o el hábito, de un futbolista como si el fútbol fuera el único juego posible, como si pudiéramos ignorar de qué va el juego o de qué va el fútbol en la sociedad contemporánea? Todo esto ocurre con absoluta normalidad en la psicología y en la cultura psicológica que ha colonizado la forma en que intentamos dar sentido a la vida representando y practicando el psiquismo como un conjunto autocontenido de atributos, facultades y funciones individuales, acosado por los otros y por sus propios fantasmas, en una sola palabra: psicologizando la vida (Gordo López y De Vos, 2010; De Vos, 2012).

3. PSICOTECNOCENCIA Y PSICOLOGIZACIÓN

La versión de la psique como actividad y disposición psicosocial no es la forma predominante en la que en Occidente hemos venido a hablar y actuar en lo relativo a la constitución colectiva de las personas, ni en lo relativo a la constitución psíquica de lo social. Aunque el número de teorías, investigaciones o propuestas de psicologías socioculturales vaya aumentando (hasta el punto de llegar a hablar de giro sociocultural, (Kirschner y Martin, 2010)), la psicología hegemónica no acaba de integrar los que deberían ser sus fundamentos más convincentes. Al contrario: ha renunciado al simbolismo, al sentido y al significado, a lo social y a lo colectivo, a lo relacional, a los contextos estructurales de la interacción, a la realidad fluida y constante de la vida psíquica. Todo ello en nombre de la ciencia, con un modelo epistemológico de sobra conocido y que es, como mínimo, anti-psicológico: no precisa de ninguna instancia más allá de las relaciones causa-efecto que puedan establecer la biología, la medicina o incluso la bioquímica y sus aplicaciones farmacológicas (Healy, 2002; Rose, 2006). Se suele hablar de reduccionismo, de una cadena de sucesivos reduccionismos que alejan la conducta humana de su escala: de lo social a lo psíquico (con una imagen ya reducida de lo psíquico a lo individual), de lo psíquico a lo fisiológico (con una imagen ya reducida de los cuerpos), de lo fisiológico a lo neurológico (con una imagen ya reducida de los sistemas neurales),



etc. Hasta que todo sea reducido en sucesivos pasos a biología (Read, 2005). O por lo menos a ciertos modelos de biomedicina (Rose, 2006).

Así, el camino que podía haber conducido a superar espiritualismos alienantes, a denunciar transcendencias hipostasiadas, a deslegitimar la naturalización y despolitización de la explotación, o a desmontar la reificación de las relaciones y experiencias humanas, se ha visto truncado por una falsa inmanencia, la de las bases orgánicas de la vida psíquica, y por la cosificación constante, en versión organicista e individual, de las actividades y funciones psíquicas.

La psicología académica, por esa vía, ha pretendido establecer, especialmente por medio de experimentos en condiciones controladas, regularidades universales entre variables aisladas que explicaran (y predijeran y controlaran) el comportamiento individual (Parker, 2010: 58). Nada que ver con la vida social, a no ser que se pretenda que ésta es equiparable al gobierno (seguramente de una mano invisible, como debe ser la del científico) de individuos aislados en un orden lógico, racional y universal (como deben ser los experimentos y sus consecuencias), es decir, equiparable al modelo correspondiente a la gubernamentalidad del sistema capitalista y neoliberal (Barry et al., 1996; Rose, 1990). Por lo menos la lógica de los experimentos nos puede aclarar la propia lógica del poder y de la autoridad en la sociedad capitalista (Reicher, 1997).

Sin embargo, la psicología no ha creado las condiciones de su éxito, y tampoco hubo que esperar a la expansión global del capitalismo neoliberal para que esas condiciones se diesen, la psicologización de la vida social en el occidente moderno ya había comenzado cuando se demandó a la ciencia y a la tecnología de control social la creación de la tecnociencia de la psique. Por delante fue el largo proceso de individualización, una enorme transformación de la organización y de la experiencia de la vida humana que fue imponiendo, no solo el valor del individuo, como se suele decir, sino la atribución de causa interna como modelo de explicación, modelado y control de la conducta de los seres humanos (Elias, 1987). Una figuración de las personas como seres enclaustrados, autogenerados, autoconscientes, autocontenidos. Para construir y gobernar ese tipo de persona había que refinar las técnicas de gobierno del alma (o sea, del fuero interno al que había que atribuir la conducta) y hacerlo según principios racionales: regularidad, predictibilidad, control, objetivismo, universalismo... aplicados a una



persona que no podía ser más que una primera persona del singular, un yo. Toda una serie de tecnologías del yo, como las denominó Foucault, que no nacieron con la psicología pero que sí se convirtieron en tecnociencia con ella (Foucault, 1990; Sampson, 1990; Rose, 1990, 1996). La psicología se legitimó como ciencia no solo por un conjunto de conocimientos anunciados como universales, sistemáticos, positivos, sino también por su intervención, por ir sustituyendo a las técnicas de control y disciplina, de educación y civilización, integradas en sistemas religiosos, y a las de socialización informal, propias de las comunidades de vida. La psicología nació, junto con las demás ciencias y tecnologías “del alma personal” en la intervención, en la construcción del sujeto psicológico (Danziger, 1990; Henriques et al., 1984). Y lo hizo en muchos casos por medio de la categorización y la identificación de males, desordenes o afecciones de la conducta, en un nuevo orden de criterios racionalistas y naturalistas, diferenciando así lo sano de lo insano, lo racional de lo irracional, en cualquiera de los ámbitos de la vida de las personas. Y también, no cabe olvidarlo, ayudando a paliar el malestar personal mediante terapias que en muchos casos venían a sustituir o reemplazar las formas de ayuda mutua no formales. Así ha ido haciéndose imprescindible en casi todos los ámbitos de la vida, colonizando las formas de vida y de comprensión de lo que somos, interviniendo en todo lo que nos afecta (por lo menos, para las clases y sociedades psicologizadas de Occidente (Illouz, 2008; Moskowitz, 2001)). Siempre desde un modelo tecnocientífico: las artes que despliega la psicología son ciencia, es decir, conocimiento seguro, legítimo y, sobre todo, experto y técnico (Herman, 1985; Rose, 2007).

Al otro lado, también objeto de estudio, encontramos las psicologías populares, ingenuas o supersticiosas, propias de sujetos progresivamente menos cualificados en su comprensión y en su experiencia, gentes a las que se hace ver que, dada su indigencia psicológica, precisan de intermediación experta o de modelos correctos de alfabetización psicológica. Pongamos como ejemplo un caso sintomático, un “modelo tutorial” omnipresente en las series televisivas u otras narraciones y presentaciones del yo: tras haber visto las peripecias de algún personaje vemos como aparece ante la cámara, como en un confesionario-diván, y pasando de la tercera persona a la primera, nos da cuenta de sus estados emocionales, sus intenciones, motivaciones, etc. Así pasamos de la interpretación del público



(¿sesgada?) a la del propio personaje. El protagonista se comporta como un psicólogo de sí mismo: reflexivo, autoconsciente, con aplomo para expresar en un lenguaje adecuado sus estados emocionales, elucidando sus motivaciones. Se escinde en dos: el actor social, un cuerpo sujeto a emociones y vivencias que experimenta directamente, y el psicólogo que interviene para dar cuenta de la conducta y así recuperar su control (o no, a voluntad, se supone).

La alfabetización psicológica ha ido girando del control racional de la conducta a la denominada "inteligencia emocional" y se va colando en todas las formas de presentación pública del yo (las redes sociales y los dispositivos móviles han multiplicado la demanda de explicaciones explícitas de los estados emocionales). Otro ejemplo, tan disparatado como clarificador, de esta visión psicologista del ser humano se puede ver en la película *Inside-Out*¹, donde el homúnculo cartesiano es sustituido por un equipo directivo formado por las (supuestas) emociones básicas, bien reificadas y personificadas. Por supuesto los protagonistas son representantes del sujeto psicológico por excelencia, una familia de Estados Unidos, blanca, de clase media, heterosexual, etc.

Para que funcione, hasta en el último rincón de nuestra vida, la psicología se ha convertido en el metro legítimo con el que se miden todas las iniciativas que quieran intervenir en la "vida personal". La lista de "interventores" no es corta: consejeros, asesores, maestros de cultos, curas, sanadores, pastores, etc. Todos se nos presentan como terapeutas. Y todos pretenden tener la clave para alcanzar alguna de esas metas que la psicología ha monopolizado y popularizado: desarrollo, equilibrio, potenciación, plenitud, control emocional, autoestima, empatía... En todas esas metas, así como en la conversión en terapia de cualquier actividad, brillan por su ausencia las reflexiones o las críticas ante las relaciones sociopolíticas, las estructuras materiales y sociales, o los contextos históricos y culturales donde vivimos. En su lugar, el sujeto psicologizado se enfrenta a una vida hostil, competitiva e individualizada, donde los demás son siempre que no sean recursos, amenazas u obstáculos, donde cualquier situación puede convertirse en síntoma de una patología o, por lo menos, de la necesidad de ayuda psicológica especializada. El sujeto psicologizado también es un sujeto discapacitado y vulnerable (Furedi, 2004). La terapia, la intervención

¹ Película de Pixar-Disney, del 2015. Ver: http://www.pixar.com/features_films/Inside-Out



experta, procurará al sujeto psicologizado alguna oportunidad en esa triste lucha, siempre que se mantenga fiel al terapeuta y no levante la voz para quejarse del sistema social, o del machismo y racismo estructurales, o de la explotación económica, o de la destrucción de las relaciones sociales y colectivos de habilitación psicosocial. Y siempre que afronte su vida con la actitud positiva de quien cree que puede modificar el mundo con una buena optimización de los recursos psíquicos personales (actitudes, competencias, disposiciones...) (Ehrenreich, 2012).

Así las cosas, aceptamos con naturalidad que se clasifique a la psicología entre las ciencias de la salud y que vaya siendo (bio)medicalizada. No obstante, ¿por qué no podría ser la psicología una ciencia de la liberación o de la justicia? Una ciencia, evidentemente, social y política. Tenemos ya ejemplos de psicologías de la liberación como la de Martín-Baró (Martín-Baró, 1998; Aron y Corne, 1996; Montero y Sonn, 2009) y de numerosas psicologías críticas (Ibáñez e Iñiguez, 1997; Gordo López y Linaza, 1996; Gough y McFadden, 2001; Hepburn, 2003; Parker, 2011; Dafermos et al., 2006, 2013; y hasta un manual, Parker, 2015; o una enciclopedia de psicología crítica, Teo, 2014). En todas, la clave es recuperar la idea de la psique como actividad social, y al mismo tiempo incorporada y situada en contextos culturales, históricos y políticos que no son un mero escenario.

4. LA MISERIA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

La psicología social está aquejada de todos los males descritos. Podía haber sido una vía de reivindicación de lo colectivo dentro de la propia psicología. Pero, como bien indica Anastasio Ovejero en el presente monográfico, la versión psicologizada de la psicología social ganó la batalla por la hegemonía. No es una victoria extraña, ya que desde los primeros trabajos de psicología social la visión que la disciplina ha tenido sobre lo colectivo y lo grupal, no ha sido muy positiva. Desde la obra sobre las masas irracionales de Gustave Le Bon la psicología social casi siempre ha considerado al contexto grupal, a la agencia colectiva, a la categorización social, como peligrosos fenómenos que podían arruinar la racionalidad e incluso la voluntad individual. Masa y desorganización interna han corrido junto a irracionalidad, alta emotividad, despersonalización... y ello ha afectado a toda la acción colectiva. Los experimentos sobre la obediencia de Stanley Milgram, la



prisión de Philip Zimbardo, los trabajos sobre el pensamiento grupal o sobre la desindividuación han ido patologizando la acción grupal (Parker, 2010: 115). La desindividuación, por ejemplo, siempre ha sido vista en términos negativos, como fuente de alienación, mientras que la sospecha y desconfianza respecto a la influencia social y grupal se ha considerado un rasgo de salud, racionalidad y libertad personal. En consecuencia, las relaciones que no siguen el modelo del intercambio entre sujetos adultos que persiguen sus propios intereses se han desestimado y han pasado a formar parte de las relaciones alienantes e insanas de las que los psicólogos sociales deberán salvarnos. En pocos pasos la psicología social psicologista fundamenta la "nefasta" influencia de lo colectivo y de las relaciones sociales sobre un individuo que previamente ha aislado, desubicado, desprovisto de sostén social, y despolitizado (así se presenta a los voluntarios de los experimentos más famosos de la psicología social y en general al sujeto psicológico). Sin embargo, también se pueden leer los resultados de esos experimentos como lecciones sobre la resistencia y la desobediencia en las condiciones en que se dieron; y también, claro está, se puede hacer una relectura acerca de la acción social real que tenga en cuenta el contexto político y sus formas de organización (Reicher, 1991; Haslam y Reicher, 2006 y 2012).

En buena parte la psicología social se ha dedicado a escrutar los mecanismos de montaje y desmontaje de las identidades "grupales", "colectivas", o "sociales". Y ha ofrecido toda una serie de ideas, conceptos, teorías, pero también imágenes y representaciones, acerca de qué es o qué puede ser una identidad colectiva, de cuáles son sus bases psicológicas (sean conductuales, mentales o emocionales) y de cuáles sus consecuencias. Sin embargo, la psicología social hegemónica, sobre todo en el mundo anglosajón, se ha empeñado en psicologizar la identidad, esto es (y según la corriente), ha equiparado la identidad con hábitos personales organizados en conjuntos caracterológicos, o con estructuras cognitivas del yo, o con disposiciones actitudinales. La identidad siempre es una cuestión del yo, un aspecto del yo influenciado o dependiente en su expresión y desarrollo por el entorno social. Lo personal, lo relacional, lo colectivo se convierten en meras disposiciones del *self* (ver, por ejemplo, Sedikides y Brewer, 2001). En definitiva, la psicología social se ha limitado en sus versiones más corrientes a ir definiendo la identidad en términos de disposición o



estructura psicológica, a veces como resultado crítico del desarrollo del yo (Erikson, 1974), a veces como estructura cognitiva (Markus, 1977), a veces como producto de la pertenencia a grupos (Turner et al., 1987). Aunque en ocasiones (y cada vez más) se tomen en cuenta el contexto cultural o político, las preguntas acerca de la constitución política y cultural de las identidades, o de los grupos, colectivos y comunidades donde el *self* se “desarrolla”, son preocupaciones de corrientes críticas y no mayoritarias, y lo *social* del yo psicosocial se equipara a una influencia externa sobre lo *psico*.

Un caso ejemplar de ese olvido es el paradigma del grupo mínimo (Tajfel, 1978) que prescinde del contexto social “externo” en la investigación experimental de los fenómenos grupales y también de la acción y comunicación donde surgen las identidades. En el experimento, y en las dinámicas grupales inspiradas en el paradigma, las identidades grupales están dadas, es el investigador quien clasifica o quien decide cuál es el criterio de clasificación. El contexto sociopolítico y cultural del grupo desaparece y se refuerza la escisión entre actividad psíquica y relaciones sociales: se oponen y se exteriorizan mutuamente, para constatar cómo se interfieren. Y, en todo caso, para recuperar su articulación a posteriori ¿No es pertinente para la psicología social la historia y los procesos políticos y culturales de las identidades en juego? ¿Qué nos jugamos en ese olvido? Y, en general, ¿qué perdemos en la deslegitimación de lo colectivo, en la demonización de la identidad colectiva?

Para poder responder a esas preguntas hay que tener en cuenta que el punto de partida cultural desde el que empieza su andadura la psicología social es el del individuo autocontenido, endógeno en sus funciones y capacidades más básicas. Las psicologías sociales que consiguieron proponer, teorizar y exponer otra ontología quedaron marginadas en la ola creciente de individualización. O han sido recicladas según el paradigma vigente (para el caso de Vigotsky, ver Dafermos, 2015, y Cole y Gajdamaschko, 2010). Y las posiciones que defendían lo colectivo fueron deslegitimadas por hipostasiar o reificar, es decir, por convertir los efectos de la acción colectiva en entes colectivos dotados de esencia y de rasgos psicológicos (el caso más conocido es el del W. Wundt y su psicología de los pueblos). De ese modo los sistemas de interacción o de relación quedaron reducidos a contextos problemáticos de la conducta individual.



En definitiva, las posiciones que postulan lo colectivo como el *locus* de la psique están deslegitimadas por la presión de la ontología hegemónica, pero en la psicología social crítica sí existen versiones de lo colectivo que procuran no reificar los sistemas o conjuntos de relaciones e interacciones y que ofrecen una visión de lo colectivo en la que se aprecia las dinámicas psicosociales de la vida humana, así como la agencia transformadora y abierta, frente a modelos de normalización psicologista (nos referimos, por ejemplo, a trabajos como los de la psicología comunitaria de Maritza Montero (2004), o de psicologías feministas, lesbianas, gay, como las que nos presentan Sue Wikinson y Celia Kitzinger (Kitzinger, 1997; Kitzinger y Wilkinson, 1996; Kitzinger y Coyle, 2002), o participativas y/o de investigación-acción (Jiménez-Domínguez, 1996; Kagan y Burton, 2000)). A pesar de la historia de desconfianza respecto a lo colectivo, la interdependencia y los vínculos e influencia sociales, creemos que la investigación sobre identidades colectivas sigue siendo una buena oportunidad para el trabajo crítico en psicología social, siempre y cuando trabaje tanto en desactivar la "suspensión" psicologista de la acción colectiva, cuanto en desarticular las identidades reificadas y esencializadas que clausuran la acción colectiva.

5. LA IDENTIDAD COLECTIVA: CONFIGURAR LA INTERDEPENDENCIA COMO SUBJETIVIDAD Y SUJECIÓN

Las identidades colectivas se pueden tomar por codificaciones de elementos muy diversos (por ejemplo: colores, vestidos, símbolos, lenguas, rasgos corporales, etc.) de manera que esos elementos adquieran determinados significados y valores colectivos. Por medio de la articulación de elementos creados, reciclados, heredados, adquiridos, expoliados..., se van construyendo configuraciones y representaciones (figuras en acto, actuaciones) de lo que somos, de lo que debemos ser, individual y colectivamente. Surgen así figuraciones que organizan las relaciones sociales y que constituyen sistemas de orden y de control, pero también de habilitación y capacitación de la gente. Funcionan a su vez como códigos sociales: para que sepamos quién es quién, cómo debe comportarse y cómo debemos comportarnos con quien sea. Son figuraciones pero se materializan en prácticas y modelos de socialización, de interacción y de subjetivación.



Según esta concepción la identidad colectiva no se refiere a lo común o idéntico de una colección de personas, se refiere a la acción de codificación que hace surgir esa colección. Codificar, por cierto, no es algo que hagamos solo con ideas, conceptos o palabras, en toda práctica social está implícita la creación y comunicación de significado y valor. La articulación siempre es un proceso semiótico y material, donde no es posible separar codificación y construcción del significado, por un lado, y estructuración y materialización, por el otro; donde no se puede separar significado, valor y poder e institución. Por ello mismo la cuestión principal sobre la identidad es la relativa a la institución de la verdad material de lo colectivo ¿Quién puede articular y en qué condiciones, con qué efectos y sobre quién? ¿Es una configuración articulada colectivamente? ¿O una configuración establecida sobre un colectivo?

Como figuraciones las identidades colectivas se condensan en iconos, en figuras prototípicas, que pueden llegar a convertirse en códigos cerrados, es decir, pueden cerrar la configuración (el trabajo de representación) de manera que quede fijado a quién o qué se puede atribuir esa identidad. Y se convierten así en dispositivos de normalización, en la verdad de la identidad. El cierre icónico es un tipo de alienación, una alienación identitaria que despoja de la subjetividad dada a quienes se identifican con el icono: la conciencia de la sujeción se oculta en la falsa subjetividad del icono.

Es el caso usual de las identidades altamente institucionalizadas que han formalizado o explicitado los requisitos y rituales por los que se llega a ser identificado con esa figura o a adquirir los rasgos de la misma ¿Quién realiza esa identificación? Como siempre la autoridad instituyente, según los casos puede ser el poder político institucionalizado o el poder social de la normalización grupal. Puede ser el grupo organizado que pretende detentar la identidad el que decida quién y qué son dignos de atribución de esa identidad y se limite a confirmar o negar esa atribución a quienes la demanden, puede ser una autoidentificación confirmada mutuamente entre miembros de un colectivo, o puede ser un poder externo a los identificados quien decida imponer algún tipo de normalización y organización sociopolítica por medio de categorías o agregados. Los límites y diferencias entre autocategorización, categorización mutua, o heterocategorización nunca están claros y en parte la vitalidad de las relaciones y los conflictos identitarios se debe a ello.



Las identidades colectivas son siempre efecto de la acción colectiva. Vienen tras la acción y la interacción, en el curso de las relaciones, para darles sentido, hacerlas comprensibles, o las preceden como elemento estructurador. Por usar los términos de Bourdieu sobre el *habitus*, las figuraciones que llamamos identidad colectiva funcionan como estructuras estructuradas y estructurantes (Bourdieu, 1980: 88). Es más, pueden surgir en la acción y en la interacción social estructurada como articulación práctica (de las prácticas) hasta que sean figuradas y se posean un discurso formal (que propagar o promover) sobre ellas. O pueden ser directamente articuladas desde el discurso como artefacto, dispositivo, de estructuración y gobierno de las gentes y sus relaciones.

Hay grandes diferencias entre ambos casos. En el primero nos encontramos con el modelo de subjetivación según el cual en la acción colectiva (y a medida que se produce, se organiza, etc.) van surgiendo atribuciones de identidad, se van articulando y significando elementos, dando lugar a esa figuración de lo que son quienes están implicados en la acción, o vienen a identificarse con la misma. Así, la identidad sería un producto de la acción que recae sobre quien actúa: puede que le ayude a seguir en esa acción, que genere más agencia y que sea cohesionadora, que actúe como una fuerza motriz psicosocial. En el segundo caso, por el contrario, nos encontramos con el modelo de sujeción, donde las codificaciones son instrumentos de gobierno y control de las relaciones sociales, que sirven para estabilizar la distribución del poder, para normativizar las prácticas y los sujetos sociales y para, en definitiva, poner orden.

Ya hemos dicho que no hay garantías de que la subjetivación no devenga sujeción y tampoco de que en la sujeción identitaria no surjan nuevas subjetividades. Ambos modelos solo pueden ser distinguidos precisamente en la acción en curso y en la figuración de nuevas identidades. Los códigos identitarios cerrados, los iconos intocables, y los sistemas de categorías naturalizados o sacralizados, son subvertidos precisamente cuando se crean nuevas figuraciones y configuraciones (tal como indica Braidotti, 2004), cuando en la sujeción a identidades, surge de la acción colectiva, agencias y subjetividades diferentes. Por eso mismo son peligrosas las identidades colectivas en tiempos de gobierno de las poblaciones por medio de la desincronización y la desconexión social, no por sí mismas, sino por la acción colectiva que suponen, de la que se despegan y que promueven. Tanto más peligrosas



en cuanto que reúnen a la gente en tiempos, espacios, redes y lugares de encuentros activos, y dan lugar a la apertura e imaginación de figuraciones identitarias diferentes.

En parte tanto Jokin Azpiazu, como Jordi Morales o Eduardo Apodaka, abordan estos temas en este monográfico. Pero no nos resistimos a poner un ejemplo directamente ligado a la reflexión que nos ha traído hasta aquí, sobradamente conocido: la construcción de categorías diagnósticas. La psicología, la psiquiatría y las demás disciplinas del complejo "psi" (Rose, 1985; Ingleby, 1985) han tenido y tienen una gran fertilidad en la fabricación de categorías identitarias. No se trata de identidades colectivas, aunque puedan inducir a la creación de colectivos de afectados. Más bien se trata de identidades que se aplican a numerosas personas para individualizarlas y tratarlas como casos particulares de categorías. Son un ejemplo, un caso, de cómo las identidades, tal como las hemos definido más arriba, se pueden convertir en instrumentos de gobierno, de control y de normalización, en una palabra, de sujeción. Un caso celebre de fabricación de categorías diagnóstico es el del DSM, el *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales* de la *American Psychiatric Association* (APA, 2013). Desde su primera edición de 1952 el número de trastornos o enfermedades mentales, de categorías diagnósticas, recogidas en el DSM no ha dejado de aumentar. En su primera edición (de corte psicoanalítico) se incluían 106 trastornos, en la edición siguiente, de 1968, 137. En 1980, el DSM III inauguró el uso del diagnóstico categorial basado en los síntomas para definir los trastornos mentales (Mayes y Horwitz, 2005); el número de trastornos aumentó hasta 182. En el último DSM, el 5, publicado en 2013, el número es 216. Además del aumento del número de trastornos, destaca el de los trastornos no especificados (es decir, sin criterios diagnósticos): en el DSM I no había ninguno, en el DSM 5 son 73 (Sandín, 2013). En parte ese aumento es debido a las dificultades de establecer categorías precisas en las que agrupar los "síntomas"².

² Incluso antes de la publicación del DSM 5, este ya había causado polémica. Pero, entre las respuestas negativas que suscitó, destaca la de la *Division of Clinical Psychology* de la *British Psychological Society* (BPS) que expresamente anunció su decisión de no usar el Manual. La División Clínica británica hizo pública una declaración en la que argumentaba su posición contraria al modelo biomédico y favorable a uno "biopsicosocial" (BPS, 2013). Se situaba así por la aproximación y el diagnóstico psicológico frente o contra la formulación de la psiquiatría y hablaba de un enfoque multifactorial que contextualice el



El DSM no deja de crecer, cambiar y adaptarse a las necesidades de control e intervención de la psiquiatría. Si admitiésemos sin más que es una labor de indagación que va dando respuesta al malestar, al dolor, a la infelicidad o al sufrimiento, tampoco podríamos obviar que lo hace a costa de aumentar el poder de la experticia psiquiátrica y de sus organizaciones (Parker, 2010: 133). Pero la consecuencia fundamental es la creación de modelos estándar de normalidad y salud psicológica (señalando qué debe ser tratado como patología) y la extensión de la lógica "bio-psicologizante" a cualquier estado vital, llegando a diagnosticar formas de ser como enfermedades orgánicas (Timimi, 2005; Timimi y Leo, 2009).

Aun así, las categorías diagnósticas pueden ayudarnos a entender qué papel pueden y deben jugar las intervenciones y trabajos de las psicologías sociales. Para crear una psicopatología, un síndrome, un trastorno, se deben articular y configurar varios elementos, los síntomas. Según el DSM 5 un trastorno mental es "un síndrome caracterizado por una perturbación clínicamente significativa en la cognición, la regulación emocional, o la conducta del individuo que refleja una disfunción en los procesos psicológicos, biológicos o del desarrollo que subyacen al funcionamiento mental" (APA, 2013, citado en Sandín, 2013). Las perturbaciones "clínicamente significativas" son aquellos comportamientos que los clínicos consideren perturbadores, son síntomas de disfunciones de orden variado: psicológicos, biológicos, del desarrollo... El diagnóstico remitirá los síntomas, según esa articulación, a una causa (la categoría en cuestión) y de esa manera se supone que quedan explicados. La anorexia, la dislexia, la esquizofrenia, el espectro autista, el síndrome de falta de atención e hiperactividad, el trastorno de desregulación disruptiva del estado de ánimo y tantos otros explican por qué alguien tiene ciertos "síntomas" en explicaciones circulares y mediante etiquetas que semejan cajas negras. Pero en todo caso, el diagnóstico clasifica los síntomas y las personas que los muestran, etiqueta socialmente y predispone el tratamiento.

Las categorías diagnósticas de los DSM no pretenden clasificar gente, sino síntomas, pero es más que evidente que de facto clasifican

malestar en las interacciones de la experiencia humana. Por supuesto, la respuesta de la BPS se sitúa en la competencia entre psicología y psiquiatría, trata de definir y defender el campo de la psicología, afectado por la biomedicalización de los trastornos mentales, que puede suponer para la psicología la pérdida de influencia y legitimidad social.



personas, que crean grupos “biosociales” (Hacking, 2006). En teoría, esas categorías no deben crear ninguna identidad colectiva, aunque sí buenas identificaciones sociales y personales, no deben crear identificación y reconocimiento mutuo, ninguna materialización de la identidad (en estructuras, organizaciones, instituciones, prácticas instituidas, objetos identitarios, rituales, tiempos, lugares, espacios o trayectorias colectivos...), ninguna actividad colectiva, ningún psiquismo colectivo (ninguna emoción compartida, ningún saber colectivo, ninguna percepción coparticipada..., ninguna colusión...). Su objetivo es lo contrario: distinguir, diferenciar y tratar. Pero allí donde se establece la norma de identidad y sujeción pueden surgir movimientos contra este tipo de práctica clínica y terapéutica, reacciones que tienen en cuenta modelos de normalidad alternativos o terapias comunitarias: desde iniciativas de los propios psicólogos en busca de alternativas, a asociaciones de categorizados que pretende recobra la agencia sobre sus vidas y reivindicar su experiencia, apoyarse mutuamente, o colaborar en la construcción y difusión de su saber-hacer ante el malestar. No es extraño que la mejor práctica psicológica, profesional o no, sea precisamente la que presta atención, la que reconoce la verdad del otro y la verdad común (a menudo su malestar y dolor), y que lo hace mediante el diálogo y la narración conjunta, que cuide, e incluso cure, mediante la solicitud y consideración del otro en su integridad, en su subjetividad.

Aunque no en todas, en muchas de las iniciativas indicadas se contraponen a la sujeción de las categorías diagnósticas la subjetivación de las identidades colectivas, o más exactamente, la identificación y el empoderamiento mutuo trabados en la acción colectiva. Este enfrentamiento es un caso típico del antagonismo más general entre agregaciones expertas (establecidas por la experticia autorizada e institucionalizada) y las agregaciones ilegítimas o anómalas (que ponen en tela de juicio la experticia). Asimismo, esa experticia es atributo de la clase propietaria de la identidad normativa, de la que decide cómo se define y materializa esa identidad. De manera que en la acción que tiene lugar en los márgenes, en las diferencias externas e internas, en los casos anómalos, es en donde suelen surgir la innovación identitaria y donde se recupera la acción colectiva y la mutua identificación.

No es extraño que muchos autores acuerden que la identidad es un lugar estable, que es la forma y el lugar asignado en el orden social



instituido (por ejemplo Bauman, 1996, 1997). Sea cual sea, la identidad, para poder ser bien atribuida, bien conocida, y así cumplir su papel estructurante, debe estar bien estructurada. Debe ser un centro de normalidad. En el mismo campo o sistema social suelen concurrir identidades que coparticipan como el "otro necesario" para esa normalidad; también es corriente que sobre ellas una identidad determine cuál es el campo general y cuáles son los márgenes, los intersticios, en donde, a veces desarticuladas y apenas visibles, otras sujetas, recolectadas y etiquetadas, encontraremos las anormalidades y las anomalías. Allí se suelen fraguar nuevas subjetividades en la acción y la interdependencia colectiva.

6. UNA LABOR CRÍTICA Y ALTERNATIVA PARA LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Como hemos dicho, todo esto nos indica qué papel puede jugar la psicología social en su indagación e intervención en identidades colectivas. Como se ha dicho más arriba, en ocasiones las identidades colectivas son producto de imaginar, figurar y discursivizar la acción colectiva. Y son acción colectiva: son personas en comunicación, en interacción, las que van construyendo una figura colectiva de sí mismos. Pero no siempre. Las técnicas de gobierno nunca han dejado de construir comunicación e interdependencia (Mann, 1986) y para ello se han valido de la ordenación de las poblaciones según agregados y clasificaciones *ad hoc*. En los estados-nación modernos, en la construcción y gobierno de las sociedades, la forma de clasificación, registro y control ha ido progresivamente individualizándose. De manera que junto al control social corriente, se fuera creando todo un sistema de intervención directa del estado sobre el individuo. Todo esto es algo hasta cierto punto bien conocido, sobre todo gracias al trabajo de Michel Foucault o Norbert Elias, entre otros. Quisiéramos recordar aquí que la identidad entendida como asignación de categorías y etiquetas, y entendida como ordenación de las poblaciones según hábitos, habilidades y disposiciones para las que eran educadas y normalizadas, ha sido un potente instrumento, una gran tecnología de gobierno, en la que las ciencias "psi" han tenido un papel técnico y experto destacado.

Las psico-tecnociencias han creado centros simbólicos de normalidad, de salud y de integridad, mediante la constante fabricación de categorías diagnóstico que han instaurado directa o indirectamente lo otro de la identidad: personas anormales, anómalas, insanas, o locas.



Han fabricados iconos cerrados que dejaran bien sentado cuál era el principio y criterio de normalidad y cuál el de la anormalidad. La psicología social también ha participado de esa normativización, naturalizando y universalizando ciertos tipos de relación y de interacción. Pero no estaríamos escribiendo esto si se hubiera limitado a esa función; también ha proporcionado pensamiento crítico y conocimiento útil acerca de las dinámicas grupales, sociales, comunitarias e interpersonales.

Nuestra impresión es que la psicología social puede precisamente colaborar en desmontar los iconos cerrados, las categorías de lo normal, las agregaciones expertas... Puede, en definitiva, ayudar a desestabilizar, deslegitimar y desnaturalizar identidades instituidas, cristalizadas, que sujetan, paralizan, o utilizan en su propia institución la acción colectiva. Y puede, de ese modo, dar legitimidad a las identificaciones y subjetividades que se fabrican en la acción colectiva que subvierte las identidades cerradas y busca crear nuevas significaciones. Puede ayudar a que las identificaciones mutuas nacidas en las subjetividades de la acción colectiva sean abiertas, e incluso fluidas, parciales o complementarias. Pero sobre todo, puede ayudar a que sobre las figuraciones "recolectoras" prime la agencia colectiva, es decir, la actividad simbólica que reúne, empodera y provee de identificaciones y solidaridades mutuas a la gente. En resumen, ayudar a que sobre el ser atribuido y la inacción prime el actuar según narrativas de sentido. Y creemos que puede y debe hacerlo precisamente para evitar demonizar la identidad y la acción colectiva, en un sistema en el que (en palabras de César Rendueles recogidas en este monográfico por Anastasio Ovejero) "los terapeutas también nos exhortan a aceptar esta fluidez extrema. Quien se aferra a una identidad política sentimental o moral ya no es siquiera un perdedor o un resentido, sino directamente un sujeto patológicamente poco adaptativo" (Rendueles, 2013: 181). En síntesis: defensa de la psique como actividad psicosocial, defensa de la acción y la identidad colectiva como formas *sine qua non* de la psique humana, pero deslegitimación de la alienación identitaria allí donde se presente.

Por otro lado, no creemos que deba desmontar las categorías expertas (sean del orden que sean) en lugar de los colectivos o personas afectadas; no tiene que hacerlo en nombre de nadie, solo en el suyo propio y en su propio campo: la discusión entre experticias institucionalizadas, emergentes o críticas. La investigación de las



identidades colectivas en psicología social no puede y no debe sustituir al trabajo, crítico o común, de las gentes en el montaje y desmontaje de identidades colectivas. En definitiva, apostamos por una psicología social que se sacuda de encima la tentación de buscar y de establecer leyes o reglas universales y que pretenda sustituir el saber-hacer y el hacer-saber de las gentes, y que, por el contrario, trabaje en fomentar y avivar la experiencia y la actividad social y colectiva en la que las personas adquieren agencia, competencia, potencia, subjetividad, en las que se sostienen y se empoderan mutuamente para la vida.

Quizás en el mejor de los casos pueda colaborar a que no se conviertan en iconos de alienación, que no sean el refuerzo psicológico (esto es, la legitimación psicosocial) de las estructuras y dispositivos de poder, que no se naturalicen y que no despojen de agencia a quienes pretende adquirirlas por medio de ellas. Quizás la mejor contribución que pueda hacer consista en desmontar la psicologización y sus efectos, en sostener lo colectivo y su legitimación, en recuperar un sentido social y simbólico-material de la psique y en sostener desde un discurso y una práctica experta las potencias sociocomunitarias e institucionales en las que se instituye y capacita la coparticipación activa personal.

7. UN MONOGRÁFICO DE IDENTIDAD COLECTIVA Y PSICOLOGÍA SOCIAL, UNA APUESTA

Tal como indicamos al inicio de esta introducción, la revista *Papeles del CEIC* nos ha dado la oportunidad de coordinar la publicación de este monográfico sobre identidad colectiva y psicología social, algo que agradecemos vivamente. Estamos en buena medida donde queremos estar: en los papeles de un centro de estudios sobre identidades colectivas que no se limitan ni constriñen a la disciplina de las disciplinas, que entienden, viven y hacen vivir la experiencia del estudio y de la investigación social como superación de límites.

En esa línea, este monográfico recoge en primer lugar dos artículos de sendos catedráticos de psicología social, Anastasio Ovejero y Eduardo Crespo, dos reconocidos investigadores que han defendido una psicología social orientada a lo social y comprometida con una visión e intervención crítica. Para ese programa es fundamental que la psicología social contextualice los nichos de relaciones (familiares, laborales, interpersonales...) en los sistemas sociales, económicos,



políticos, etc., en los que tienen lugar; y que se contextualice a sí misma en las ciencias sociales. La otra opción es presentarse como una parte de la psicología dedicada a la gestión de las relaciones sociales con el fin de conseguir un buen desempeño, un clima sin conflictos, o un ajuste personal correcto y productivo. Un conjunto de funciones en las que conseguirá algún que otro éxito (e incluso, no lo dudamos, algún que otro beneficio para los afectados), pero que la convierte en una tarea acrítica, instrumentalizada y desorientada.

La tentación de llegar a ser una ciencia de alto control y de poseer tecnologías de intervención altamente reconocidas, legitimadas y poderosas conduce la psicología social por los derroteros del positivismo, del objetivismo y del psicologismo. La tentación es, en resumen, la de poder intervenir y dirigir la conducta social desde la posición del conocimiento de lo real sin contar con el sentido y el significado, el mundo de vida y experiencia de las personas que es tratado como un epifenómeno engañoso. Anastasio Ovejero nos da, brevemente, las claves y el contexto de esa tentación y Eduardo Crespo nos invita a replantear el sujeto de la identidad. En momentos en que la autonomía personal, y la automotivación para emprender, se han convertido en un atolladero, en un camino sin salida, Crespo nos invita a resocializar la identidad y a promover lo común. La interdependencia asoma como un nuevo valor desde el infierno al que ha sido arrojada y relativiza la obsesión occidental con la identidad personal única y diferenciada.

A continuación se abre la puerta a los artículos de investigación. Tienen como hilo conductor común las implicaciones psicosociales de la identidad colectiva pero difieren en temas y en aproximaciones... lo suficiente como para que no demos por sentado, ni cerrado, ni por atributo o capital privado, lo poco que podemos llegar a conocer de esos aspectos... Como se verá en su lectura, todos giran desde las figuraciones colectivas a las encarnaciones "experienciales" de las mismas. Las subjetividades son lugares inestables, precarios, por los que se pasa, en los que se es alguien o algo, a veces adquiriendo experiencias, capacidades, memorias, sustentadas en redes e interdependencia.

Uno por uno: Jokin Azpiazu nos presenta su indagación sobre cómo se con-figuran y tratan de realizar, de materializar, en uno mismo, pero con los otros, masculinidades no hegemónicas. Simone Belli nos presenta un



caso, el de los "spam nigerianos", en el que analiza la fuerza retórica de las imágenes, de los estereotipos de género, en las narraciones identitarias y en la producción de emociones, todo ello en modos de comunicación tecnologizados. Jordi Morales no se aleja del contexto, en este caso: las redes sociales telemáticas, en su investigación acerca de la configuración de identidades "políticas soberanistas" en el País Vasco y en Cataluña. Morales nos ofrece un estudio comparativo entre dos identidades en construcción en un contexto tecnológico muy determinado, Twitter. Más allá del interés por el proceso de construcción de esas identidades, el análisis de Morales indica cuál es la naturaleza de la ilusión de horizontalidad de la red, de la participación abierta, de la influencia simétrica... Abre así el debate acerca del lugar del poder y de la influencia en la identificación, en la representación y construcción de las identidades. Juan Carlos Revilla, Carlos de Castro y Francisco José Tovar nos trasladan hasta Alcoy y Elda y a dos campos de acción colectiva y relaciones sociales, uno en crisis, el de la industria y artesanía local, y otro todavía "productivo", el de la fiesta de moros y cristianos. Los autores investigan cómo se han ido construyendo identificaciones colectivas en esos campos y que prevalencia han adquirido. Eduardo Apodaka nos propone una reflexión acerca de la legitimidad de la acción colectiva, y en consecuencia de la agencia y la identidad colectiva. Según su propuesta, la acción colectiva puede ser articulada como metáfora en la representación y puede serlo, en una lógica contraria pero *sine qua non*, como metonimia en la presentación o actuación.

Por último, acompaña a este monográfico una reseña breve pero amplia en la que Ángel Beldarrain y Jordi Morales nos dan una panorámica de las obras y corrientes principales de la investigación sobre identidad colectiva en la psicología social de lengua inglesa, la lengua de la experticia mundial. La reseña termina por situar el monográfico con un contrapunto complementario al encuadre que hemos tratado de ofrecer desde esta editorial y desde los textos de Anastasio Ovejero y Eduardo Crespo.

No sabemos hasta qué punto hemos conseguido avanzar en la dirección que nos hemos propuesto y hemos expuesto en estas líneas, esperamos que las lectoras así lo aprecien, y que en todo caso este monográfico sea un instrumento de reflexión e impulso en el estudio y la intervención crítica sobre los males de la identidad colectiva, pero también en la legitimación de la identificación mutua, de la interdependencia



emocional y funcional, y del cuidado, de la agencia y de la acción colectiva.

8. BIBLIOGRAFÍA

American Psychiatric Association (APA), 2013, *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (5th ed.), APA, Washington DC.

Aron, A., Corne, S. (Eds.), 1996, *Writings for a Liberation Psychology*, Harvard University Press, New York.

Barry, A., Osborne, T., Rose, N. (Eds.), 1996, *Foucault and Political Reason. Liberalism, neoliberalism and rationalities of government*, University College London Press, London.

Bauman, Z., 1996, "From Pilgrim to Tourist -or a Short History of Identity", en S. Hall y P. Du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity*, Sage, London, pp. 18-36.

Bauman, Z., 1997, "Parvenu and Pariah: the Heroes and Victims of Modernity", en *Postmodernity and its Discontents*, New York University Press, New York.

Bourdieu, P., 1980, *Le sens pratique*, Minuit, Paris.

Braidotti, R., 2004, *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Gedisa, Madrid.

Bratman, M. E., 1992, "Shared Cooperative Activity", en *The Philosophical Review*, 101 (2), pp. 327-341.

British Psychological Society (BPS), 2013, "Position Statement on the Classification of behaviour and experience in relation to functional psychiatric diagnoses: Time for a paradigm shift". Disponible en: <http://www.bpsshop.org.uk/Classification-of-behaviour-and-experience-in-relation-tofunctional-psychiatric-diagnoses-Time-for-a-paradigm-shift-P3519.aspx>. Última consulta: 01/09/2015.

Bruner, J., 1990, *Acts of Meaning*, Harvard University Press, Cambridge, MA.

Burton, M., Kagan, C., 2005, "Liberation Social Psychology: Learning from Latin America", en *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 15(1), pp. 63-78.

Burton, M., Kagan, C., 2009, "Towards a really social psychology: Liberation Psychology beyond Latin America", en M. Montero y C. Sonn (Eds.), *The Psychology of Liberation. Theory and application*, Springer, New York, pp. 51-72.



- Cole, M., Gajdamaschko, N., 2010, "Vygotsky and Context: toward a Resolution of Theoretical Disputes", en S. Kirschner y J. Martin (Eds.), *The sociocultural turn in psychology. The contextual emergence of mind and self*, Columbia University Press, New York, pp. 253-279.
- Dafermos, M. et al. (Eds.), 2013, "Critical Psychology in a Changing World: Building Bridges and Expanding the Dialogue", en *Annual Review of Critical Psychology*, 10, special Issue.
- Dafermos, M., 2015, "Critical reflection on the reception of Vygotsky's theory in the international academic communities", en B. Selau y R. Fonseca de Castro (Eds.), *Cultural-Historical Theory: Educational Research in Different Contexts*, EDIPUCRS, Porto Alegre, pp.19-38.
- Dafermos, M., Marvakis, A., Triliva, S. (Eds.), 2006, "Critical psychology in a changing world: Contributions from different geo-political regions", en *Annual Review of Critical Psychology*, 5, special issue.
- Danziger, K., 1990, *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*, Cambridge University Press, Cambridge.
- De Vos, J., 2012, *Psychologization in times of globalization*, Routledge, London.
- Ehrenreich, B., 2012, *Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo*, Turner, Madrid.
- Elias, N., 1987, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México.
- Erikson, E., 1974, *Identidad, Juventud y Crisis*, Paidós, Buenos Aires.
- Foucault, M., 1990, *Tecnologías del Yo*, Paidós, Barcelona.
- Furedi, F., 2004, *Therapy Culture. Cultivating vulnerability in an uncertain age*, New York, Routledge.
- Gordo López, A., De Vos, J. (Eds.), 2010, "Psychologisation under Scrutiny" en *Annual Review of Critical Psychology*, 8, special issue.
- Gordo López, A., Linaza, J. L. (Comps.), 1996, *Psicologías, Discursos y Poder*, Visor, Madrid.
- Gough, B., McFadden, M., 2001, *Critical Social Psychology: An Introduction*, Palgrave, Hampshire.
- Hacking, I., 2006, "Genetics, biosocial groups & the future of identity", en *Daedalus*, 135(4), pp. 81-95.
- Haslam, S.A., Reicher, S.D., 2006, "Debating the psychology of tyranny: Fundamental issues of theory, perspective and science", en *British Journal of Social Psychology*, 45, pp. 55-63.



- Haslam, S.A., Reicher, S.D., 2012, "Contesting the "Nature" of Conformity: What Milgram and Zimbardo's Studies Really Show", en *PLoS Biol*, 10(11).
- Healy, D., 2002, *The Creation of Psychopharmacology*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Henriques, J. et al., 1984, *Changing the Subject: Psychology, Social Regulation and Subjectivity*, Routledge, London.
- Hepburn, A., 2003, *An Introduction to Critical Social Psychology*, Sage, London.
- Herman, E., 1995, *The Romance of American Psychology. Political Culture in the Age of Experts*, University of California Press, Berkeley.
- Ibáñez, T., Iñiguez, L. (Eds.), 1997, *Critical Social Psychology*, Sage, London.
- Illouz, E., 2008, *Saving the Modern Soul: Therapy, Emotions, and the Culture of Self-Help*, University of California Press, Berkeley, CA.
- Ingleby, D., 1985, "Professionals as socializers: The 'psycomplex'", en *Research in Law, Deviance and Social Control*, 7, pp. 79-109.
- Jimenez-Dominguez, B., 1996, "Participant action research: Myths and fallacies", en I. Parker y R. Spears (Eds.), *Psychology and Society: Radical Theory and Practice*, Pluto, London, pp. 103-137.
- Kagan, C., Burton, M., 2000, "Prefigurative Action Research: an alternative basis for critical psychology?", en *Annual Review of Critical Psychology*, 2, pp.73-87.
- Kirschner, S., Martin, J. (Eds.), 2010, *The sociocultural turn in psychology. The contextual emergence of mind and self*, Columbia University Press, New York.
- Kitzinger, S., Coyle, A., 2002, *Lesbian & Gay Psychology: New Perspectives*, Blackwell, London.
- Kitzinger, S., Wilkinson, C., 1996, *Representing the Other: A Feminism & Psychology Reader*, Sage. London.
- Mann, M., 1986, *The Sources of Social Power: Volume 1. A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Markus, H., 1977, "Self-schemata and processing information about the self", en *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, pp. 63-78.
- Martín-Baró, I., 1983, *Acción e Ideología: Psicología social desde Centroamérica I*, San UCA Editores, Salvador.



- Martín-Baró, I., 1989, *Sistema, Grupo y Poder: Psicología social desde Centroamérica II*, San UCA Editores, Salvador.
- Martín-Baró, I., 1998, *Psicología de la liberación*, Trotta, Madrid.
- Mayes, R., Horwitz, A. V., 2005, "DSM-III and the revolution in the classification of mental illness", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 41, pp. 249-267.
- Montero, M., Sonn, C (Eds.), 2009, *The psychology of liberation. Theory and application*, Springer, New York.
- Montero, M., 2004, *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*, Paidós, Buenos Aires.
- Moskowitz, E. S., 2001, *In Therapy We Trust: America's Obsessions with Self-Fulfilment*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- Parker, I. (Ed.), 2011, *Critical Psychology: Critical Concepts in Psychology*, 4 Volumes, Routledge, London.
- Parker, I. (Ed.), 2015, *Handbook of Critical Psychology*, Routledge, London.
- Parker, I., 2010, *La Psicología como disciplina: contra la ideología*, Catarata, Madrid.
- Read, J., 2005, "The bio-bio-bio model of madness", en *The Psychologist*, 18(10), pp. 596-597.
- Reicher, S., 1991, "Politics of Crowd Psychology", en *The Psychologist*, 4(11), pp. 487-491.
- Reicher, S., 1997, "Laying the ground for a common critical social psychology", en T. Ibáñez y L. Iñiguez (Eds.), *Critical Social Psychology*, Sage, London, pp. 83-94.
- Rendueles, C., 2013, *Sociofobia: El cambio político en la era de la utopía digital*, Capitán Swing, Madrid.
- Rose, N., 1985, *The Psychological Complex: Psychology, Politics and Society in England 1869-1939*, Routledge and Kegan Paul, London.
- Rose, N., 1990, *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*, Routledge, London.
- Rose, N., 1996, *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rose, N., 2006, *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton University Press, Princeton.
- Rose, N., 2007, "Terapia y poder: techné y ethos", en *Archipiélago*, 76, pp. 101-124.



- Sampson, E. E, 1990, "Social psychology and social control", en I. Parker y J. Shotter (Eds.), *Deconstructing Social Psychology*, Routledge, London, pp. 117-126.
- Sandín, B., 2013, "DSM-5: ¿Cambio de paradigma en la clasificación de los trastornos mentales?", en *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica* Vol. 18/3, pp. 255-286.
- Sedikides, C., Brewer, M. B. (Eds.), 2001, *Individual self, relational self, collective self*, Psychology Press, Philadelphia.
- Sennett, R., 1980, *Narcisismo y cultura moderna. La comunidad destructiva que Tocqueville anunció*, Kairós, Barcelona.
- Tajfel, H. (Ed.), 1978, *Differentiation between Social Groups*, Academic Press, London.
- Teo, T. (Ed.), 2014, *Encyclopedia of Critical Psychology*, Springer, New York.
- Timimi, S., Leo, J. (Eds.), 2009, *Rethinking ADHD: From Brain to Culture*, Palgrave MacMillan, Basingstoke.
- Timimi, S., 2005, *Naughty Boys: Anti-Social Behaviour, ADHD and the Role of Culture*, Palgrave MacMillan, Basingstoke.
- Turner, J. C., Hogg, M. A., Oakes, P. J., Reicher, S. D., Wetherell, M. S., 1987, *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*, Blackwell, Oxford.